

# El hielo roto

---

*María Luisa Mendoza*

“Escapaste,  
y tu cuerpo quedó finalmente meciéndose,  
arrastrado por el peso  
físico de la evolución, por la plomada del  
espejo desaparecido...”

J.C.B.

**D**e los míos un pudor invencible para de ellos hablar o escribir. Es como si el amor, ese gran misterio, jugase a perder arena bajo mis pies y un anuncio de la muerte llenara de estrellitas y sal mis ojos aun vivos. La ola de pronto en el sueño. De mis padres y mis hermanos, mis amores, del amor: nunca las explicaciones alfabéticas, la enumeración. Tal vez piense adentro que no fui digna (“no soy digna de que entréis en mi pobre morada”). Cuando estuvimos juntos, mis sangres y yo, el peso de las cosas [logrose] intenso, nuestras manos juntas, las miradas y la risa remontándonos a las alturas. Por eso mis muertos no son muertos; sigo todos los días hablándoles: imploro y peleamos, agredo y confío, lloro, reclamo por haberse ido tan aprisa, traicioneramente a destiempo, adelantados (“*Hagamos un pacto con los adelantados / que nos permitieron sobrevivirlos...*” José Emilio Pacheco). Así mis horas están apretadas de sombras, de continentes invisibles, anuncios en el espejo, firmas en la piel.

*piden la cabeza que ya no me pertenece ni tengo,  
piden la palabra que ya me abandonó y abandoné.  
En suma, hablan de otro, y mi huida no tiene otra causa  
que evitar el encuentro con ese otro...*

José Carlos Becerra no necesita homenajes, ni los aceptara si vivo, en llamas: feroz contrincante de la burla, batallador contra la solemnidad de los lagartos parados de la cultura. Su elegante soledad de poeta mayor la vivió en un gajo feliz a la orilla de ríos tropicales, mirándolos

pasar por horas, trepado en las carlingas de los aviones de la segunda guerra mundial que mágicamente entre manglares y mariposas, coronados de floripondios gigantescos, encallados literariamente en las orquídeas.

Además, hablar de José Carlos Becerra es caer irremediabilmente en los almanaques, fechas de nacimiento y de aquel amanecer en que “abrió los ojos a la luz increada” como antes se escribía en las lápidas de 1800. Total: José Carlos murió a los 33 años como Ramón López Velarde y Jesús, dejando atrás de sí una obra madura y pesadosa que es descendencia: sus hijos; en él la memoria de su madre, el significado de la aristocracia tabasqueña de los cuartos umbrosos con venecianas y mosquiteros, donde los cuentos y las leyendas entre las hélices para refrescar y el temblor de las luces de petróleo; afuera los balcones y los patios, los traspatios y las huertas como selvas, la radio con XEW y el detective Carlos Lacroix, las hermanas, el padre, los perros, la noche y las estrellas tal soles fugaces de Van Gogh. El niño José Carlos escribía instalado en el futuro de la muerte, de garzas y luces, mientras reía a vientos, chanceaba, guaseaba, hería amoroso, porque José Carlos Becerra jamás pecó de pedante, nunca estuvo entre los que sufren lo que llamo síndrome de desportillamiento: es decir, que arrojado fue un revolucionario en poesía y en *privado*, digamos —es un decir— valiente y violento y vitriólico en sus posiciones políticas; no temió el descarapelarse si era agradecido, o cortés o de pronto defendiendo a una mujer como un D’Artagnan de la Chontalpa.

*Lo que ha sido cantado, ya se ha puesto de acuerdo con la noche.  
Tendrá goznes pero quedándose inmóvil si nos movemos...*

Ya ha sido cantado el poeta. Convocarlo en medio del fragor de la muerte de las gentes, de los animales, de las plantas, los cielos, las aguas, es intento vano. Escapó un 27 de marzo de 1970 en Brindisi, un puerto italiano frente al Adriático, desde lo alto de la montaña encandilado por el sol griego que se asomaba en el mar. José Carlos ya sabía.

José Carlos sabía desde el latido cuando iba a morir: pronto y aprisa, joven, sin conocer la extrema unción de la vejez, amado y puro, en el fuego. Quizá por eso no permitió nuestra despedida, se fue solo. Me escribió de Nueva York alucinante, desde su cuarto de Londres y cuando se lanzó en un coche viejo alemán a conocer las ciudades de la litera-

tura, las ciudades de papel, que diría Carlos Fuentes... cartas, una, otra, a lo largo de la Costa Brava española, carta de Italia, carta en mi sueño cuando estuve sollozándolo en Atenas. Le encantaban los lugares calmos y silencios: los museos de cera, los panteones ingleses; entre los vestidos muñecos cerúleos evocaba tal vez el jolgorio tabasqueño, el baile danzoneril que tan bien le salía, arriadas las mangas de la camisa y trepando de vez en vez, un tanto, el pantalón, al ritmo caliente; y en los cementerios de céspedes recortados, José Carlos comparaba la hiedra hierática con las ceibas preñadas y los ríos de su tierra llenos de herrajes verdes, de vitrales acuáticos, de catedrales que navegan como ballenas, “en el reino de las trepadoras”.

*Es a ti a quien recuerdo en esta hora...*

En fin: yo no me atrevo a decir ni a escribir nada de este hermano que tuve sin ser digna. Al leer *El otoño recorre las islas* una angustia de cataclismo me asalta, no puedo seguir de las lágrimas y el atroz dolor, del miedo de saber su muerte allí tan anunciada. Por ejemplo leer “Como recordando a Dickens”.

*En esta tarde sin más gato que una chimenea,  
alguien me envía su reflector para esperar...*

Y le hablé al poeta quedito. Es mi duermevela, como si estuviéramos sin gato esperándonos. Me empavorece la cita ¡queriéndole tanto!.. la reunión con el gran puritano, el gran poeta, el gran político.